



# Desarraigada

Margarita Aguilar

30

El arca de la memoria

BIBLIOTECA CHIAPAS



# Desarraigada

30

El arca de la memoria

BIBLIOTECA CHIAPAS



**Rafael Tovar y de Teresa**

PRESIDENTE DE CONACULTA

---

**Manuel Velasco Coello**

GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

**Juan Carlos Cal y Mayor Franco**

DIRECTOR GENERAL DE CONECULTA CHIAPAS

**Susana del Pilar Utrilla González**

COORDINADORA OPERATIVA TÉCNICA

**Marco Antonio Orozco Zuarth**

DIRECTOR DE PUBLICACIONES

CH  
863M  
A32  
D42

Aguilar Ruiz Margarita

Desarraigada / Margarita Aguilar Ruiz; fotografías de David A. Gómez Santos – Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México: CONACULTA: CONECULTA, 2014.

167 p.:fotos; 21cm. (Colección Biblioteca Chiapas. Serie El Arca de la Memoria; 30)

ISBN 978-607-8426-03-4

1.- NOVELA MEXICANA - CHIAPAS 2. LITERATURA MEXICANA - CHIAPAS

Primera edición: 2012

© MARGARITA AGUILAR RUIZ

© DAVID A. GÓMEZ SANTOS, por las fotografías.

D.R. 2014

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Paseo de la Reforma 175, Col. Cuauhtémoc, 06500, México. D.F.

Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel Albino Corzo 2151, Fracc. San Roque, 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

[publicaciones@conecultachiapas.gob.mx](mailto:publicaciones@conecultachiapas.gob.mx)

ISBN: 978-607-8426-03-4

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

# Desarraigada

Margarita Aguilar

*Desarraigada*

*A mis hijas Yolanda del Carmen Velasco  
Y Griselda Álvarez del Toro  
A mis ahijadas Yesenia, Carolina y Mónica González Pérez  
Por ser mi inspiración.*

*Desarraigada*

## **Preludio**

De alguna manera tenía que ocurrir. Después de tanto invocar personajes, que la vida me situara en un torbellino de pasiones investidas por un origen matriarcal que me devoraría los sentidos, ¿cómo no habría de ser teniendo como génesis el estado de Chiapas?, territorio en el que esta historia fue tramada entre soberbias montañas que enmarcan arrogantes atardeceres.

*Desarraigada*





I

*Inesperado fue el suceso por el que mi ruego se hizo expansivo, tanto como el desencuentro con mi cotidianidad: caí de hinojos en una verdadera revelación sobre la intimidad de mí ser mujer.*

**México, D.F., 2011**

Me disponía a realizar uno de mis acostumbrados viajes a Canadá, en mi mente cobraban vida los días apacibles e inspiradores en la casa de mi querida amiga Bárbara William a la orilla del lago Ontario.

En medio de la agitación del Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la Ciudad de México, mis sentidos se instalaban en el recuerdo de la sensación de mis pies descalzos entre las aguas del Ontario. Nada me detenía en mi país y

saboreaba la posibilidad de hacer un doctorado en la división de *Caribbean Studies* bajo la tutoría de mi editor izquierdista Arnold Harrichand, en la Universidad de Toronto. Quizás también estaba huyendo de un deseo, había un hombre que estaba incidiendo emocionalmente en mi vida, un ser prohibido que agitaba mis tempestades literarias. Unos días fuera de su circunferencia, probablemente me liberarían de la gran tentación de convertirlo en algo más que un respetado personaje.

Así me encontraba, disfrutando de mi volátil imaginación posada en mis treinta y tantos, con todo el equipaje de capítulos que soñaba publicar, cuando una joven de cabello castaño rojizo y lustrosas botas café hasta la rodilla me hizo señas con sus brazos, mientras se dirigía hacia mí, con paso tan rápido como le permitían sus pronunciados tacones.

—¡Alejandra! —su voz irrumpió el espacio con una efusividad que inevitablemente llamó la atención de los que se encontraban cerca.

—¿Delia? —alcancé a decir ahogada en su violento abrazo.

—¡Qué gusto verte, amiga! Ahora no viajaré sola hasta Chiapas, eres mi invitada especial a partir de este momento — su voz, aunque amable, era una orden al conjuro del movimiento de sus pobladas cejas delineadas con perfección.

—¡Qué grata sorpresa! —Agregué disimulando mi contrariedad—, yo voy a Canadá, mi vuelo sale en tres horas.

—¡No me desvíes la plástica! Te aseguro que la experiencia del campo te fascinará.

Conocí a Delia en Coyoacán, mi segunda piel, pues en sus entrañas yacen tantas Alejandras cobijadas en un mismo departamento. Por sus veredas empedradas he trazado mis euforias en las madrugadas desde la adolescencia. Estar ahí, era creer de nuevo en reencarnaciones y presagios, incluida mi mágica soledad que divagaba para crear. Se me apretaba el corazón de tanto deseo contenido en hipotéticos personajes.

Mi amistad con Delia surgió en un seminario otoñal con un grupo de adictas a Simone de Beauvoir, en una serie de largas veladas donde se desmenuzaba con ardor, cada una de las afirmaciones del *Segundo sexo*. Con Delia, fuimos cómplices de mágicos momentos, su carácter tenaz y desafiante me llenaba de extrañeza, era para mí una incógnita el que pudiesen existir mujeres tan recias en el sur del país, región de la que tanto se hablaba de violencia de género y sumisión. Su temple y mi irreverencia crearon un vínculo especial. Me atraía su manera de ser tan etérea, tan poco agobiada por las cosas cotidianas, que no pude más que sumarla a mi colección de potenciales personajes.

Tuvimos alguna plática en la que filosofamos escudriñando nuestros disímiles orígenes: yo, hija de la Universidad Nacional Autónoma de México, con padres intelectuales que me habían transfundido una pasión por la literatura latinoamericana y los retos del nuevo pensamiento neoliberal, la teoría de género y una devoción por Virginia Woolf y su credo de *Una habitación propia*. Delia, que gozaba de una sangre apasionada por su origen ganadero, las fincas que constituían el pasado de su familia en Chiapas y, en especial, la emoción por todo lo que invocara caballos. Cuando nos despedimos al concluir el seminario, ambas teníamos la idea de que iba a ser facilísimo reencontrarnos, visitarnos y seguir aprendiendo de nosotras, pero no fue así.

—¡Espera! ¿A dónde vas? —Alcancé a decir. Ya me había arrebatado el boleto y se encaminaba a toda prisa a la sala de las aerolíneas internacionales.

Me había dejado sus cosas y, de esa manera, me había cortado la posibilidad de salir corriendo para impedir que cancelara mi vuelo. Era cierto que nos habíamos relacionado con una singular camaradería, pero yo jamás hubiese tomado una decisión de esa naturaleza por nadie. Me quedé petrificada del asombro y, de pronto, algo en mí se movió divertido, creo que era mi espíritu aventurero que estaba carcajeándose de la osadía de que era víctima.

Sin embargo, y pensándolo bien, ¿por qué no?, ¿no me atraían las novelas que daban un giro súbito? Además, viajaba a Toronto casi dos veces al año para reunirme con mi amiga canadiense y, aunado a eso, estaba la enorme posibilidad de irme a estudiar el doctorado en esa ciudad canadiense.

¡Había tantos “¿por qué no?” mitigando cualquier atisbo de coherencia y de resistencia! Quizás encontraría algunas respuestas en Chiapas.

Cuando Delia regresó con una sonrisa triunfal, ya me había convencido a mí misma de ir con ella, a su mundo de ranchos, cercas de madera y montañas. ¿Qué mejor elección? Decidí que, a partir de este instante, me comportaría como esas heroínas que me roban el sueño después de darles vida y con las que viajaba en la vorágine de sus vicisitudes ahogadas entre las páginas que latían como mi corazón anhelante. ¿Por qué no? ¿Por qué no perder un vuelo internacional para adentrarme en las tierras misteriosas de mi propio país? La recibí con un abrazo, emocionada y agradecida por esta inyección de nuevo horizonte en mis días. Porque no hay sueño más excitante para un novelista que ser protagonista de un episodio, en donde puede sentirse la pluma del destino.

Para celebrar mi cambio de ruta del norte al sur, fuimos a un concurrido lugar del aeropuerto llamado “El Barón Rojo” a tomar sendas copas de vino chileno Gato negro elaborado en el valle de Lontué. No pude evitar pensar en la mujer más audaz que conocía y que hubiera aplaudido este giro existencial, Susan Angelastik, un ángel que había realizado mi primera traducción de una novela al inglés. Gracias a ella, se había consumado una feliz locura, mi irreverencia sorteaba los confines de los idiomas y anidaba en otras conciencias. Ella era mi liberadora, soltó los amarres de mi vida literaria y se liberó también, unos meses después de esa odisea con mi novela *Con la fe erosionada*, de una manera a mi juicio intempestiva, voló a Chiloé, una isla mágica de Chile, de donde solía escribirme sobre sus horas de nado y sus degustaciones de pescado y vinos. Mujer valiente y

solitaria, cuyo vientre jamás parió y unguía de vitalidad a su paso.

Delia estaba radiante, satisfecha de esta travesura y visiblemente aliviada por algo que luego llegaría a comprender cuando, días después, muchos secretos me fueron develados. Como las antiguas cómplices que se trasnochaban por los bares de Coyoacán alzamos nuestras copas, muertas de risa, dejando que el vino tinto nos enredara la lengua. Así abordamos el vuelo 2907 con destino a Tuxtla Gutiérrez, la capital chiapaneca. Tomé el celular, iba a llamar a Ricardo, mi mecenas literario, pero una fuerza me detuvo, eso sería como quemar una trama. Ya habría un mañana para eso, pensé, y guardé la posibilidad de desbordarme cuando todavía me vestía tan solo de cauce.



## II

*Soy esa molécula extraña, aire que se destaca al atardecer  
enloqueciendo la hojarasca. Así tiene que ser, pues provengo del  
clímax indescriptible de haber sido parida en la montaña, matriz de  
mis pasiones. Solo una cosa me agobia, un pendiente me detiene...*

### **Chiapas, 1925**

El aire se perdía en su propia densidad.

La noche congestionada de misterio, creaba un ambiente asfixiante para todas las almas que merodeaban la casa grande de la finca La Maravilla. Candelaria, la joven primogénita, permanecía insomne desde hacía varias horas, había tenido un día agotador. Desde el alba, montada en su caballo había recorrido agrestes senderos con su padre, supervisado los potreros y arreado el ganado. Altiva, de ojos enormes que

devoraban el mundo, excelente vaquera que cabalgaba en su caballo de blanco pelaje y portaba un sombrero para proteger su piel blanca de los estragos del sol, se forjó un carácter de líder. El trabajo rudo era el pan nuestro de cada día y ella disfrutaba estoicamente la afrenta de temerarias faenas. En sus venas palpitaba su origen, nació en el seno de una guerra civil conocida como mapachismo, una sublevación única en su género que ocurrió en Chiapas. El mapachismo fue la respuesta civil de un grupo de finqueros que se opusieron a la abolición de las tiendas de raya, es decir, a dejar en libertad a sus trabajadores para decidir sobre su destino sin ninguna presión de índole económica. La abolición de las tiendas de raya fue uno de los decretos promulgados por el presidente Venustiano Carranza, como consecuencia del triunfo de la Revolución de 1910.

En esta resistencia armada que se dio en Chiapas, los ataques se realizaban estilo guerrilla, principalmente por las noches, como esos animales llamados mapaches – de ahí el nombre de mapachismo –, lo que provocó un descontrol social. Fue una época descarnada, pues de pronto las mujeres y las propiedades se volvieron botines apetitosos de maleantes. En ese clima nació Candelaria.

Su madre, María, huyó embarazada con el corazón lleno doblemente de zozobra. Escapaba de sus tierras para salvar su vida y la de ese bebé que ya respiraba una resistencia bélica en su vientre. Así, las fuerzas del destino, provocaron que aquella criatura tuviera como cuna cerros indómitos.

Nacer así hizo que Candelaria tuviera la razón agitada y una fortaleza de montaña, su mirada parecía contener una serenidad forzada, ya que desde su gestación, la habían acompañado tiempos de saqueos, violaciones y pobreza extrema. Ágil, de complexión delgada, galopaba respirando el deseo de contrarrestar toda esa miseria y dolor que la había arrullado. Por eso sufría de insomnio, se despertaba sudando frío con el augurio de esa persecución en las faldas de aquellas montañas, resentía, como en su propia piel, el cansancio y el

terror de parir en tierra de nadie, tal como lo vivió su madre, que en agradecimiento a Dios por haber sobrevivido a un infierno civil, se convirtió en partera y en la curandera de su región.

Por lo regular, en las deshoras, ésas que siempre se anidan cuando uno menos lo espera, caminaba por la casa grande de la finca La Maravilla con las cejas arqueadas y los ojos avispados, su altivez retadora aumentaban su belleza. Deambulaba por sus corredores, espiaba el contorno de la luna y deseaba con su vida, borrar las penurias que la perseguían como una segunda piel.